



¿SERÁ VERDAD?

¿Será verdad que el gobierno ha comprendido toda la gravedad y trascendencia de las elecciones provinciales que acaban de verificarse en Navarra, bajo la presión del estado de guerra?

¿Será verdad que las cuestiones altísimas que hoy embargan su atención no le han permitido detenerse á pensar sobre el estado excepcional en que se encontraba Navarra al verificarse tales elecciones, y que deplora amargamente su conducta omisa?

¿Será verdad que, fijándose en el hecho de haberse aplazado las de las vascongadas, creyó que el aplazamiento se extendía á Navarra?

¿Será verdad que quiere remediar su falta, y que escogita un medio discreto para restaurar los principios constitucionales?

¿Será verdad que quiere arrebatarse á las oposiciones un arma tan tremenda, como es el hecho incomprensible que acaba de verificarse en una provincia española, el hecho de elegir sus mandatarios, cuando los electores no podían ejercer libremente el sufragio?

¿Será verdad que hombres adictos á la situación han reprobado enérgicamente la conducta del gobierno, y le han hecho comprender el disgusto con que han presenciado tamaño escándalo constitucional?

¿Será verdad que algunos de los diputados elegidos en circunstancias tan críticas y excepcionales, piensan resignar su encargo?

¿Será verdad, en fin, que los hombres imparciales del partido liberal censuran ácremente un suceso tan incomprensible, un suceso que alienta á las oposiciones, y que en el porvenir podrá serles funesto?

Si son ciertas tales noticias, si es cierto el remordimiento político que devora el gobierno, si es positivo que sus amigos francos y consecuentes le censuran y le advierten, si es indudable que el partido liberal reprueba un abuso tan execrable y que tanto perjudica á sus principios, es preciso encontrar una fórmula reparadora, una fórmula que vindique, una fórmula que desagravie, una fórmula que sepa conciliar las aspiraciones justas.

Cuando los gobiernos se ajustan estrictamente al Código fundamental, cuando procuran traducir en sus actos

las doctrinas constitucionales, cuando se afanan por responder á la confianza del poder supremo, hay que reconocer en ellos sinceridad y patriotismo, hay que aplaudir sus deseos, hay que ensalzar sus propósitos, hay que censurar sus faltas. Pero cuando á sabiendas y á ciencia cierta quebrantan la ley dogmática, cuando voluntariamente se apartan de la senda de la justicia, cuando con pleno conocimiento de causa incurren en gravísimas infracciones, entonces el espíritu público lanza sobre los gobiernos el anatema de su indignación profunda, entonces los gobiernos se desprestigian, entonces pierden su autoridad y preparan conscientemente su ruina.

Y por cierto que nadie, á nuestro juicio, debese un fiscal más inexorable de los gobiernos que el partido á quien representen, porque los errores y las faltas de los gobernantes alcanzan á las doctrinas en cuyo nombre ejercen el poder político. Por eso, no nos extraña que los hombres más imparciales del partido liberal, los que en la oposición combatieron tenazmente las arbitrariedades del gobierno, los que fulminaron sus iras contra los estados de guerra, los que ante todo y sobre



583

MANCERN

todo querian y quieren el imperio de la ley, se hayan convertido en los fiscales más severos del gobierno. ¿Cómo, dirán esos hombres, cómo nosotros, que estimamos como el bien político de más valía la pureza de los principios y la consecuencia en la conducta, cómo hemos de sincerarnos ante nuestros adversarios de las justísimas censuras que lanzan contra el gobierno? No es posible transigir en un punto tan capital, no es posible admitir en el poder lo que combatimos en la oposición, no es posible que os reconozcamos como intérpretes de nuestro partido á los que abusais del mando para desacreditar los principios á que rendimos un culto entusiasta.

¡Hombres del gobierno! No os olvideis de ayer, y pensad en mañana. No os olvideis de aquellos días en que vuestra tribuna y vuestra prensa brotaban raudales de indignación contra los gobiernos que infringían los preceptos constitucionales, no os olvideis de aquellas promesas solemnes que haciais al pueblo cuando le pediais su concurso, no os olvideis de las grandes lecciones de la historia, de esas lecciones que os demuestran elocuentemente todo lo deleznable de las cosas humanas y todo lo fugitivo de los poderes políticos cuando no se levantan sobre la justicia.

¡Hombres del gobierno! Pensad bien en lo que habeis hecho manteniendo inconstitucionalmente y por largo tiempo el estado de guerra en el país vasco-navarro; pensad en lo que habeis consentido al permitir que esa situación absurdamente legal continuara en Navarra durante las elecciones; meditaad sobre lo grave y trascendental de vuestra falta, acordaos del porvenir, no de vuestro porvenir personal, sino del de vuestro partido, el cual arrastrais en vuestras funestas indiscreciones; discurríd con serenidad y calma y considerad que aunque vuestras doctrinas se desacrediten en la esfera de la práctica, si salvais la sinceridad política y la consecuencia de conducta, habeis salvado los timbres de vuestra honradez como gobernantes; pero si os inspirais en móviles bastardos y en estímulos mezquinos, si solo aspirais al gobierno por la ambición del mando ó la codicia del presupuesto, si solo pre-

tendeis el poder por el afán inmoderado de imponer al pueblo vuestra caprichosa voluntad, entonces, pronto, muy pronto sentireis los efectos de vuestra insensata soberbia; pronto, muy pronto sufrireis los rigores de vuestro error inmenso, pronto expiareis vuestras faltas, porque la ley de la expiación es inflexible, y aparece severa é inexorable en todas las páginas de la historia que denuncian abusos y escándalos, infracciones y debilidades.

Pero si son ciertas las preguntas que hemos formulado; si el gobierno está dispuesto á reparar la falta política que ha cometido al tolerar que continuase el estado de guerra en la provincia de Navarra durante el período electoral; si algunos de los diputados elegidos se resisten á aceptar tal investidura; si hombres rígidos en principios y consecuentes en conducta del partido liberal censuran enérgicamente al gobierno por tamaño escándalo; si todos se aunan para restaurar los principios constitucionales; si encuentran, en fin, la fórmula salvadora y restablecen el imperio de la ley, podremos decirles con acento de verdad: «Somos vuestros adversarios políticos, pero reconocemos vuestra sinceridad; somos vuestros enemigos, pero respetamos vuestra lealtad; somos apóstoles de doctrinas opuestas, pero convenimos en una aspiración generosa y honrada: en el amor á la justicia y el amor á la patria.»

JUAN CANCIO MENA.

DOS VALIENTES.

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.

(Conclusion.)

II.

EL DESQUITE.

En la tarde de uno de los últimos días del año 1837 se dirigía una columna isabelina desde el pueblecito de Plencia hácia la villa de Bilbao.

El tiempo era borrascoso. Negros y densos nubarrones vomitaban constantemente torrentes de agua, casi congelada; los relámpagos se sucedían sin interrupción, mientras el trueno ensordecía el espacio.

Los soldados caminaban á la desbandada. Azotados sus rostros por una lluvia fría como el hielo, apenas acertaban á dar un paso que no fuera en falso, y el que tenía la dicha ó la destreza de poderse tener

sin dar con su cuerpo en tierra, sumergiase hasta la cintura en agua y fango.

Una compañía de granaderos, que marchaba de vanguardia, llegó rota y maltrecha á la anteiglesia de Lujua, momentos despues de que cubierto ya el espacio por las sombras de la noche, solo podían caminar fiados en la luz de los relámpagos, que á veces servía para desorientarlos, más bien que para servirles de brújula.

Hicieron alto los soldados, guareciéndose del temporal en la casa-fuerte del conde de Santa Ana, y despues de haber conferenciado los jefes sobre lo que deberian hacer, acordaron detenerse allí mientras continuara el huracan, toda vez que, aparte del cansancio y desaliento que en los soldados observaban, era comprometido el seguir caminando por terreno desconocido y escabroso además, y con las armas de fuego inservibles, cubiertas como estaban hasta la boca de agua y fango.

Diéronse, en consecuencia, las órdenes para hacer alto, y se tomaron cuantas precauciones creyéronse necesarias para evitar un golpe de mano, que pudiera intentar el enemigo.

Despues de atrancadas bien las puertas y ventanas, colocáronse centinelas de observación, y limpios y gobernados los fusiles, y rehecho ya el soldado, merced á un buen fuego y mejor rancho, trató cada cual de conciliar el sueño del mejor modo posible, hasta el instante de volver á emprender la marcha.

Unas horas despues reinaba en aquel vasto edificio un profundo silencio, que era solo interrumpido por la respiración más ó menos fuerte y comprimida de los dormidos, ó por el grito de alerta de los centinelas.

Oíase por fuera el bronco redoblar del trueno, á quien hacían coro el bramido del viento y los fuertes chubascos de agua y granizo que azotaban imponentes contra puertas y ventanas.

Seria poco más de media noche cuando, confundido con el estruendo del huracan, sonó un tiro y poco despues el toque de corneta llamando á fagina.

Cundió inmediatamente la alarma entre los soldados que se hallaban despiertos ó á quienes no había rendido la fatiga hasta el extremo de ser sordos al toque gutural de la corneta. Estos despertaron á sus compañeros, y todos, más ó menos soñolientos y sobresaltados, pusieron en pie, preparándose para el combate, que presagiaban muy próximo.

El disparo causa de aquella alarma lo había hecho uno de los centinelas colocado en la boardilla de la casa, el que á la luz de uno de los relámpagos creyó distinguir no lejos de allí un grupo de hombres armados, á juzgar por la reflexión ocasionada por los cañones de los fusiles.

Los jefes dieron órdenes inmediatas para la colocación de su escasa fuerza—apenas llegaria á cien hombres—y esperaron el resultado de la alarma producida por el centinela.

Momentos después dejóse oír un segundo tiro disparado por uno de los centinelas colocado en una de las ventanas que hacía frente á un espeso bosque.

Ya no cabía duda de que estaban amenazados por el enemigo, y pusiéronse á la defensiva para cuando llegase el momento de obrar.

Seguía bramando el huracán y seguían sucediéndose los relámpagos y truenos, aunque corría ya un intervalo bastante largo, durante el que volaban las nubes sin despedir una sola gota de agua.

Reinaba en la casa-cuartel un silencio sepulcral. Los jefes comunicaban las órdenes en voz baja, y el soldado las transmitía igualmente y cumplíalas como correspondía á militares veteranos, de que se hallaba formada casi toda aquella compañía.

Volvió á trascurrir un periodo, largo para el que prefiere la lucha á la incertidumbre, corto para quien prevé las fatales consecuencias de ella.

Habíanse entreabierto las ventanas, y en ellas, y en la boardilla, y en los agujeros y en los resquicios todos en que podía colocarse la boca de un fusil, asomaban estos, dispuestos á vomitar la muerte en el instante mismo en que se diese la voz de ¡fuego!

El capitán, y el teniente, y el alférez, corrían de un lado á otro del edificio, para asegurarse de que cada cual estaba en su puesto, y para dirigir de paso á los suyos esas arengas sin formas oratorias, cortas pero espresivas, que, infiltrándose en el corazón del soldado, refluyen al rostro, dando á conocer que está dispuesto á morir en defensa de su bandera.

A la par, simultáneamente, con un horrendo trueno, que ensordeció el espacio, dejóse oír una descarga, que si fué denunciada por el ruido producido por aquel, dióse á conocer palpablemente por sus tristes y funestos resultados.

Cuatro soldados de los que se hallaban posesionados de las ventanas que daban frente al bosque, en donde se suponía situado el enemigo, cayeron mortalmente heridos por el plomo fratricida.

—¡Fuego el flanco derecho! gritó el capitán de la compañía, y el estruendo de veinte fusiles disparados de consuno, respondió al eco de aquella voz, haciendo estremecer en sus cimientos al edificio.

La lucha estaba ya empeñada: la sangre derramada sobre el pavimento de aquella sala, clamaba venganza. El combate que empezó por el flanco derecho hizo general: el enemigo, posesionado del campo todo que rodeaba el edificio, y de la iglesia, no lejos de este, parapetado tras de los vallados, de los árboles y de las sinuosidades del terreno, hacía un fuego tenaz y mortífero. Eran ya muchas las bajas sufridas por los granaderos isabelinos, que temerariamente habíanse presentado á cuerpo descubierto en los huecos y vanos del edificio.

Dióse la orden de limitarse á la defensiva, mientras el enemigo no avanzara, pues aparte de las sensibles pérdidas que espe-

rimentaban, corriase el riesgo de que faltasen las municiones antes quizás de que pudiera llegarles el socorro, que confiadamente esperaban.

Hizose así, y mientras los carlistas seguían hostigándoles con un fuego vivo y granado, los isabelinos se limitaban á alguno que otro disparo hecho á salvaguardia.

Aquella nueva táctica, observada ya hacía más de dos horas por los sitiados, impacientó á los carlistas en términos que dispusieron á dar un ataque simultáneo por los cuatro costados del edificio, con el fin de derribar las puertas y ventanas y asaltar al enemigo dentro de la casa misma.

Provistos de barras, hachas, azadones y demás útiles que pudieron adquirirse, dada la señal del ataque, avanzó una parte de las tropas carlistas, mientras la otra sostenía, resguardada en sus posesiones, el asalto de aquella.

Los primeros soldados del bando carlista que osaron acercarse á la casa pagaron con sus vidas tan temeraria empresa. Empero no faltó quien reemplazase á los que se hallaban ya fuera de combate; nuevos pelotones de valientes arremetieron dando alaridos salvajes, cual lobos hambrientos, contra el único punto vulnerable de aquel edificio. Oyóse retumbar, confundido con las descargas de fusilería, el ruido más imponente aún del hacha que chocaba contra la puerta, y la casa toda se estremeció como si fallara por su base. La puerta, sin embargo, resistió inquebrantable á aquella tremenda sacudida, merced no solo á su fortaleza, sino también á que se hallaba atrancada por dentro.

Más bien que una lucha empeñada entre hombres, parecía aquello encarnizado combate de las furias del Averno. Los gritos, alaridos, juramentos y ayes mezclábanse con el estampido de la pólvora, con los golpes descargados contra la puerta y con el ronco retumbar del trueno. Y para que la escena fuese todo lo espantosamente horrible que pudiera ser, los relámpagos que sin cesar dominaban el espacio daban á conocer hasta en sus menores detalles la salvaje temeridad de los unos, el valor inmutable de los otros, las convulsiones de agonía de los caídos y hasta la sangre que á borbotones ¡ay! salía de las heridas de estos.

Cuatro soldados carlistas yacían tendidos sobre el umbral de la puerta, sin que ni uno solo llegara á poder repetir el primer golpe dado contra ella, con el hacha, la barra ó el mazo de que se habían provisto. Los tiros disparados desde las ventanas del edificio eran tan certeros, que podía considerarse inevitable la muerte del que osara presentarse á cuerpo descubierto.

Hubo un momento de tregua, durante el que los sitiados cobraban fuerzas para prepararse á nueva lucha, mientras los sitiadores buscaban un flanco por donde poder atacar con algunas más probabilidades de éxito.

Habían apenas trascurrido cinco minutos de completo silencio, tan completo que hasta el huracán parecía querer ser pasivo espectador de aquella calma, precursora de nueva y horrible lucha.

De pronto destacóse del grueso de la columna carlista un soldado joven aun, quien con una hacha en una mano y una tea encendida en la otra, avanzó con paso, aunque marcial, lento en un principio, hacía el baluarte enemigo. Cuando se halló á veinte pasos de este, marchó rápido como una exhalación en dirección á la puerta del edificio, desafiando el nutrido fuego de fusilería que de todos los huecos de la casa le hicieron, una, dos y tres veces. No parecía sino que aquel nuevo Aquiles había trazado en derredor un círculo invulnerable, según le respetaban las balas, que ó chocaban unas con otras, ó rebotaban contra el suelo, después de haber pasado rozando el cuerpo de aquel valiente entre los valientes.

Llegóse el soldado á dos pasos de la puerta, y apoyando su pié izquierdo sobre el cuerpo inerte de uno de sus compañeros, blandió el hacha, y descargó tan formidable porrazo sobre la cerradura, que saltó esta hecha pedazos. Antes de que pudiera repetir un nuevo golpe, estrelláronse contra los sillares de las jambas una docena de balas fratricidas. Volvió aquel valiente á levantar su maza de fraga, y volvió á dejarla caer con tal suerte é ímpetu tal, que la puerta, que parecía querer vacilar en el primer instante, abrióse con estruendo horrible en todo su ancho.

Tiró entonces el soldado la tea que encendida conservaba en la mano izquierda, y trazando un círculo de fuego, arrojóla dentro del portal que acababa de abrir.

Mientras la tea iluminaba el espacio, salió un tiro de una de las ventanas que más próximas se hallaban al carlista, con tan buena puntería, que la bala llevó tras sí la borla de la boina, que inclinada colgaba sobre su oreja izquierda. Levantó el soldado maquinalmente la vista hacía el punto de donde había salido el tiro, y al fijarla en el cristino, antes de que tuviera tiempo de ocultar su cabeza, inclinada en dirección al carlista que le había servido de blanco, hizo este un movimiento tal de sorpresa, que no daba lugar á duda de que había visto ó observado algo para lo que su ánimo no estaba prevenido, pues viósele vacilar durante un corto intervalo, á aquel que hasta entonces había arrostrado sereno una muerte casi cierta.

Una bocanada de humo negro espeso salió inmediatamente por el vano del zaguán, y tras ella una llamarada de fuego iluminó el espacio de un color rojizo, muy en carácter con las escenas de sangre que iba á poner de manifiesto.

El soldado carlista arrojó lejos de sí el hacha que aun conservaba en la mano, dió dos pasos en dirección á la casa, levantó del suelo con hercúlea fuerza á uno de los soldados que yacía cadáver, y guareciendo su cuerpo con el cuerpo inerte de su com-

pañero, arrimóse de espalda á la pared, próximo á la puerta y con la vista clavada en ella.

Fué todo obra de un momento, más corto seguramente del tiempo que se necesita para referirlo.

El incendio, que en un principio parecia reconcentrarse en el zaguan del edificio, se estendió rápidamente por todo él, y en breve viéronse espirales de humo por cima del tejado, y poco despues varias pirámides de fuego, que fueron acercándose hasta unirse y confundirse en una sola que abrazaba todo el edificio, trasformándole en una inmensa hoguera, que lo abrasaba por entero.

Un grito de júbilo ¡qué horror! resonó en torno de aquella horrible hecatombe. ¡Debe ser inmensa la satisfaccion que se experimente al ver perecer de un golpe cien hombres, cien españoles, cien hermanos, cuando así rebosaba del pecho de los espectadores que presenciaban aquella escena, celebrándola con victores y bravos!

Tambien entre el chasquido de las llamas y el crugir de los maderos oíase confuso rumor de aterradoras voces. ¡Ah! Era que habia llegado el momento supremo para los valientes que tan caras habian vendido sus vidas, y preparábanse ya resueltamente á desprenderse de ellas.

Momentos despues, antes de que hubiese concluido de extinguirse sordo ruido de atropellados pasos, apareció ó más bien salió por aquella puerta, verdadera boca de fuego, un peloton de hombres, y simultáneamente una granizada de balas, disparadas á quema ropa, segó como una guadaña la vida del mayor número de aquellos héroes. El campo quedó sembrado de cadáveres esparramados aquí y acullá, más cerca ó más lejos, que no todos aquellos valientes tenían la dicha de morir en el acto mismo de ser atravesados sus pechos por el plomo fratricida.

Tras del primer peloton, apareció otro é inmediatamente tambien resonó nueva descarga aterradora. Antes de que se extinguiera en las montañas vecinas aquel eco de muerte, el soldado carlista, que hallábase parapetado en el cuerpo inerte de su compañero, empujó á este hácia delante, y saltando por cima de los caidos, avalanzóse rápido sobre uno de los cristinos que acababan de sufrir la segunda descarga, gritando:

—¡Dáte! ¡Eres mi prisionero!

Volvióse el cristino sorprendido de su natural aturdimiento, al verse cogido por el cuello tan de improviso, y al querer hacer un esfuerzo para desprenderse vaciló, faltáronle las fuerzas y cayó en los brazos de aquel que tan fuertemente le sujetaba.

Arrojó el carlista un juramento al comprender que su enemigo estaba herido ó quizás muerto, y haciendo uso de todas sus fuerzas, unas veces á cuestras y á la rastra otras, separóle del lugar del combate, depositándole del mejor modo posible junto á un vallado, fuera, ya que no lejos

de la direccion de los disparos de sus compañeros.

Allí, al resplandor de la hoguera por él encendida, pudo cerciorarse de que el cristino se hallaba mal herido en un muslo, siendo tanta la sangre que vertia, que no podia restañarla, ni con su pañuelo, ni con su camisa, hecha girones con aquel fin.

El cristino caminaba hácia la muerte á pasos rápidos: no habia, pues, tiempo que perder. Colocóle sobre el vallado, y haciendo el carlista un arco de su cuerpo, bajóse para cargar el herido sobre sus dos hombros, echando luego á correr con paso firme en direccion á la casa más próxima.

Media hora despues escuchaba atentamente el carlista el diagnóstico y pronóstico de la herida, formulados con toda la gravedad y el aplomo todo de aquel que sabe lo que se dice, por un famoso curandero de la localidad.—La herida era grave, pero otras peores las habia él curado.

—No te separes de su lado, dijo el carlista *al facultativo*, poniendo al mismo tiempo en las manos de este todo cuanto dinero llevaba en sus bolsillos, y cuando esté curado, le dirás que me llevo mi fusil y le dejo el suyo: que estamos en paz.

III.

RECUERDOS.

Una mañana de fines de agosto de 1860, marchaban por la cumbre de Archanda dos cazadores, hombres ya como de cuarenta y cinco á cincuenta años. Fácil era colegir por su manera de andar y por el modo que tenían de llevar la escopeta al hombro, que no eran estraños á los usos militares. Muchas y de interés eran las cosas que tenían que contarse, á juzgar por la frecuencia con que se paraban para departir amigablemente, y no debia tampoco serles indiferente el terreno que pisaban cuando tantas y tan repetidas veces tornaban la vista en derredor, para dedicar sus miradas y sus palabras á los objetos abarcados desde el punto en que se encontraban.

—¡San Agustin! decia el que precedia como marcando el camino que debian seguir.—¡San Agustin! La sangre vertida en ese convento no tiene precio. Allí, y señalaba con la mano hácia el campo de Volantin, á doscientos pasos de esas ruinas, habia una batería nuestra, y otras dos aun más cercanas en esa viña que ves ahí, tras de la Sendeja. Frente por frente, en la inmediacion de la iglesia de Abando, colocáronse dos más. Las cinco jugaron sin cesar varios dias contra el convento, hasta que lo convirtieron en un monton de escombros; por fin, penetramos nosotros. A mí, que siempre me toca bailar con la más fea, me tocó tambien ser uno de los primeros en entrar. A la bayoneta disputamos la posesion de esos escombros ensangrentados, y las balas rasas y las bombas y las granadas, disparadas por cristinos y carlistas, caian mientras tanto sobre el edificio teatro de aquella horrible escena. ¡Qué tarde aquella del 27 de noviembre de 1836!

—¿Y aquella iglesia? ¿es Begoña? dijo el que iba detrás, volviendo la espalda al punto hácia donde caminaban.

—Sí. Nuestra Señora de Begoña, amparo de los intrépidos marinos vascongados. Oyese resonar su nombre en todo el inmenso espacio del Océano, porque por todas partes surcan las naves de nuestros astilleros, exclamó con orgullo el que, por su acento y entusiasmo por las glorias del país vasco, parecia ser vizcaino neto.—Si hubieras llegado hace quince dias, hubieras podido ver la famosa romería que se celebra al rededor de la iglesia. El 15 de agosto tiene lugar esa romería, una de las más concurridas, y la más lujosa indudablemente de las de Vizcaya.—Aquellos escombros que ves allí, al Poniente del santuario de Nuestra Señora, son los sagrados restos de la casa en que fué herido el 15 de junio de 1835 el general Zumalacárregui. Una bala casi fria bastó para matarle nueve dias despues, el 24 de junio. ¡Aquel era lo que se llama todo un hombre! Eso que no tenia más que cuarenta y seis años, y sabia ya más que todos los generales viejos.... ¡Lástima!.... y mordió como para acabar la frase un coracero, vulgo cigarro de dos cuartos que sostenia entre sus colmillos.

—Buenas vistas hay desde aquí, dijo el que parecia estraño al país que pisaba. No las recordaba yo; ya se ve, las dos ó tres veces que pasé por este monte no pensaba yo ciertamente en vistas ni en paisajes.

—Ni en Suiza, segun dicen los que han andado por esas tierras, se ve una cosa igual. Esas son las famosas vegas de Abando; estas otras las huertas de la villa, y por medio el Nervion. Allí á lo lejos, el puente colgado de Barceñon, y al otro lado Baracaldo. ¡Se cogen en esa tierra unos melocotones y pimientos, que me rio yo de los famosos de Aragon y Rioja! Mira, á esta parte de aquí, á la derecha, se ven Lujua y Erandio, Síndica y Aseva; y allá de frente en el horizonte, el mar y qué sé yo... No hay nada como esto. Y qué tiempo más fresco, ¿eh? Y eso que estamos en agosto.

—Vaya, veo que todavía sigues con tus ideas de otros tiempos, de creer que no hay nada como tu tierra.

—Y no la hay, no señor.

—Tambien te figuraste un dia que no habia otro hombre tan valiente como tú, y...

—Es verdad, me encontré contigo, que me diste lo que merecia por fanfarron, dijo el vizcaino, dando una palmada cariñosa en el hombro de su compañero.

En estas y las otras, llegaron los cazadores al alto de Banderas, y tendiendo el brazo hácia el lado del Norte, exclamó el que delante iba:

—Allí fué, lo recuerdo como si fuera ahora.

—Sí, sí, al lado de aquella mata estabas tú; y yo veinte pasos más allá.—Tambien se llega á ver desde aquí el sitio, y aun la casa en que si no es por tí, no lo cuento.

—Calla, no lo recuerdes no; ¡ojalá, pudiera yo borrar esa noche de los hechos de mi vida y de mi memoria también!

Bajaron ámbos interlocutores la falda al Norte de Archanda, quizás sin darse cuenta de lo que hacían, y detuviéronse casi al mismo tiempo, distando veinte pasos el uno del otro.

—Ya estamos, dijo el vizcaino, en los sitios mismos en que nos conocimos por primera vez. Ocárrreseme, añadió, que podíamos hacer un simulacro de aquel episodio.

—Me parece bien: vamos á cargar las escopetas con pólvora sola.

Y hecha esta operación previa, dijo el vizcaino:

—Tira.

—No, tira tú primero.

Levantó el vizcaino su escopeta, la apoyó horizontalmente en el hombro derecho, apuntó con la calma con que pudiera hacerlo un cazador á una liebre acostada en su lecho, y.... arrojando el arma al suelo, echó á correr en dirección á su compañero, que le salió al encuentro con los brazos abiertos.

—¡Maldita sea la guerra! exclamaron los dos á un mismo tiempo, dándose un estrecho abrazo.

Así celebraban aquellos dos valientes el 30 de agosto, aniversario del abrazo de Vergara.

SABINO GOIGOECHEA.

DIOS Y FUEROS.

Hé aquí nuestro lema venerando, hé aquí nuestra pronunciada divisa, hé aquí la bandera saerosanta bajo cuyos pliegues debemos cobijarnos, la bandera que debemos izar ahora y siempre, la bandera que debemos ondear al viento revolucionario con sosegada calma, sí, pero con aliento, con firmeza, con resolución irrevocable, á pesar de los contratiempos, á pesar de la anómala rigidez de los sucesos.

Cuando en la tribuna y en la prensa se atacan los grandes intereses religiosos, cuando se agitan los grandes intereses políticos, cuando los grandes intereses sociales son tal vez amenazados, ver cómo la demoledora corriente avanza y permanecer, sin embargo, inactivo, es una cobardía insignificante, es un crimen de lesa patriotismo.

Preciso es conocerlo; la época que atravesamos exige de nosotros algo más que la profesión de nuestras creencias; algo más que la afirmación, en el foro interno, de nuestras convicciones. Exige también pública actividad, exige público patriotismo, porque el mal está latente y podría llegar á un período en el cuál nos arrepentiríamos tarde de no haber trabajado con todas nuestras fuerzas, y por todos los medios que lícitamente tenemos para evitarlo, ó por lo menos para impedir su crecimiento.

Verdaderamente, más cómodo que moverse por la defensa de nuestra santa religión, menos ocasionado que contribuir,

siempre legalmente, á la obra regeneradora del bien de la patria, es sin duda ninguna encerrarse en sí mismo y presenciar desde nuestro gabinete la marcha de los acontecimientos. ¿Mas es así como se salvan los combatidos principios que constituyen la vida de nuestra alma? ¿Qué sucedería si todos hiciésemos lo mismo?

La respuesta es por demás obvia. Y cuenta que, si este caso llegase, los que tal hicieran no habrían de verse libres de la general perturbación, no serían tal vez de los últimos en sentir el peso de las consecuencias de su absoluto retraimiento.

Pero además de esta consideración de un orden superior, hay consideraciones de otra índole que no deben olvidarse.

Digámoslo claramente, porque ha llegado ya el tiempo de hacerlo, por más que, católicos mucho antes que políticos, las apasionadas luchas de la política nos causen instintiva repugnancia.

Llevamos treinta y seis años de sistema parlamentario; de ese sistema de donde parten y se ramifican tantas desventuras y trastornos; de ese sistema cuyos afiliados pueden tener una opinión tan acomodaticia, que les permite jurar fidelidad á una reina de hecho para quebrantar después este juramento, ser partidarios de un duque francés hasta el momento mismo en que la última esperanza se desvanece y convertirse en aquel instante en adeptos de un príncipe italiano; de ese sistema en cuyo fondo nace, por cuyo mecanismo corre y á cuya sombra se desarrolla el cáncer de la empleomanía; de ese sistema que ha arrastrado en pos de sí tantos y tantos literatos, que hubieran podido ser gloria de España, si las miserias políticas en que aparentemente brillan para después hundirse no hubiesen agotado el vasto espacio de su inspiración fecunda; de ese sistema cuyos hombres no han tenido siquiera una palabra de protesta contra el inaudito atentado de que ha sido víctima el Jefe supremo de la Iglesia; de ese sistema que deja al clero pereciendo de hambre, mientras el clero en Barcelona, como en todas partes, da altísimos ejemplos de caridad y amor al prójimo, que lleva hasta el heroísmo y es necesario consignarlo, ya que los periódicos de ese sistema, salvo algunas excepciones, no han creído conveniente decirlo; de ese sistema, en fin, que obliga á los curas á jurar la Constitución del Estado, como si fuesen para sus efectos funcionarios públicos, que no lo son, y trata al propio tiempo de cercenarles los derechos que la Constitución les concede.

Convengamos en que treinta y seis años de práctica de ese sistema, que tiene por base lo que se llama el turno *pacífico* de los partidos, y por punto de apoyo las *compatibilidades*, son una lección bastante larga que debería servir de segura enseñanza á los españoles; convengamos también en que los españoles no sabemos, dentro de la ley, aprovechar estas lecciones.

Y si se nos objeta, cómo siendo adversa-

rios del sistema parlamentario, cómo condenándolo enérgicamente, queremos, no obstante, hacer uso de los derechos que de él emanan, contestaremos con claridad y llaneza que, precisamente por ser enemigos del parlamentarismo, debemos combatirle en todas las esferas legales, utilizando en nuestra propia defensa las mismas armas con que á nosotros se nos combate.

Porque es indudable; desde el momento en que el Código fundamental establece la libertad de cultos, sanciona la libertad de enseñanza y da á cada individuo el derecho de enseñar, así la doctrina santa como la falsa doctrina, así lo bueno como lo malo, así la verdad única como el error en todas sus repugnantes manifestaciones; desde el momento en que da á cada ciudadano mayor de 25 años el derecho de entregar su voto á quien se atreva á negar, á escarnecer, acaso públicamente, los misterios inefables de la augusta religión que profesamos; desde ese momento, repetimos, tenemos el ineludible deber de ampararnos en aquel derecho y ejercitarle para contrariar tales tendencias, para corregir funestas teorías, para colocar frente á frente de la dolorosa — ¡preciso es confesarlo! — de la dolorosa negación de unos pocos, negación que, sin embargo, podría producir incalculables daños, la arraigadísima creencia de los más, la positiva entereza de muchos.

Decidámonos, pues, definámonos, trabajemos por la patria. Trabajemos por los fueros de la bondad y de la justicia, por el mantenimiento de nuestras instituciones seculares, por la integridad de la religión católica, apostólica, romana, y habremos así cumplido nuestros deberes; porque el catolicismo es la verdadera libertad, el catolicismo es el bienestar de los pueblos, el catolicismo es la salvación de la patria.

SILVERIO FALCON.

ACTUALIDADES.

La campaña electoral ha sido edificante.

Horror causa la lectura de los atropellos, de las iniquidades y hasta de los crímenes que se han cometido en algunos distritos.

Para nadie es un misterio ya cómo se fabrica el espíritu público. La perturbación social es profunda y difícil su remedio.

Las desatentadas ambiciones de dos ó tres individualidades en cada localidad, movidas por un millar de políticos desde Madrid, nos conducen á la vergüenza y á la ruina.

Desde 1833 aparecen en la historia de España los mismos vicios y los mismos sucesos realizados por todos los partidos. Una coalición derriba á un gobierno en nombre de la moralidad y de la patria: el gobierno triunfante incurre en las mismas faltas de su antecesor, es decir, no reparte el presupuesto más que entre sus amigos, y una nueva coalición le destruye.

Las coaliciones formadas por la desesperación se suceden aumentando las ruinas y las catástrofes.

En los treinta y siete años que han transcurrido, se han gastado los progresistas, los moderados, los conservadores, los unionistas y los revolucionarios.

Hoy se presenta amenazadora la coalición de los legitimistas y los republicanos.

Los antecedentes de la última campaña electoral demuestran que en la próxima de diputados á Cortes, mucho más importante y trascendental, desplegarán todas sus fuerzas ministeriales y opositoras.

Dentro de la legalidad los partidos, nada temeríamos; pero si se repiten las escenas violentas, ¿no se convertirá la lucha pacífica en verdadero combate?

Hé aquí el pavoroso fantasma que se descubre en el horizonte político.

Si los hombres honrados é imparciales abandonan el campo, el caos puede durar y hasta legalizarse; si con arreglo á su conciencia van á votar contra lo existente, corren riesgo de no volver á su casa.

Si renuncian á mezclarse en política, los que gritan se apoderan de la situación, y mientras se reparten el botín condenan la producción á la parálisis y fomentan las intrigas y conspiraciones de los desheredados que quieren heredarles; pero si por el contrario aspiran á ejercer sus derechos para restablecer la moral y el orden, son saludados á tiros y á garrotazos.

Uno de los medios de acabar con este desastroso resultado es la completa descentralización. ¡Cosa extraña! Nosotros, reaccionarios, queremos que la corte devuelva á la provincia la vida que le roba, seguros de que cuando el gobierno no pueda ejercer una presión como la que hoy ejerce en las más apartadas aldeas, los intereses de las provincias estarán legitimamente representados en sus diputaciones.

Entonces, pudiendo organizar las provincias su administración, pudiendo resolver todos los asuntos locales sin la ingerencia directa é inmediata del gobierno, acabarán los diputados cuneros y el cange de votos por credenciales y favores, verdaderas causas de nuestras desdichas.

Porque el día en que el cargo de diputado solo dé consideración y gloria platónica, esa plaga de hombres de más ó menos talento, tan perezosos como audaces, no querrán un cargo que hoy apetecen por que con él pueden obtener pingües empleos, grandes honores y negocios lucrativos.

¿Y hay nada más lógico ni más liberal, en el verdadero sentido de la palabra, que lo que proponemos?

El monopolio que ejerce el sistema centralizador, no ya en los pueblos, sino hasta en los intereses de los vecinos de los pueblos, da origen á la fuerza motriz de la máquina electoral, y esta máquina, manejada por los gobiernos, produce la perturbación que atenta á los legítimos intereses de las naciones.

Hé aquí por qué razón la salvación de

España estriba en la verdadera autonomía económica de las provincias.

Organizada cada provincia como las vascongadas, y unidas á todas por la tradición religiosa y monárquica; reunidas unas Cortes para discutir y votar los gastos y los ingresos de la nación; matada la actividad política, y cada provincia, consagrándose á fomentar su propia riqueza, libre y feliz bajo el lazo de una nacionalidad gloriosa, contribuirá por su parte á la gran obra de este trabajo individual, por decirlo así, resulta la perfección ambicionada.

Pero esto, que es sencillo, natural y salvador, parece empírico á los doctores de la ciencia moderna, y de no realizarse solo la fuerza puede resolver la cuestión.

Valiéndonos de hipótesis, supongamos por un momento que las oposiciones coaguladas triunfan.

¿Qué podría suceder lógicamente?

De esta negación puede salir una afirmación.

Dueños del campo los legitimistas y los republicanos, comenzarían un duelo á muerte.

No lo negamos: esto es lo que sucedería, y casi al mismo tiempo triunfaría en unas provincias la república y en otras la legitimidad.

Durante este tiempo se irían fundiendo las fracciones en los dos grandes partidos.

La república, ideal puro todavía, se realizaría, dejando de ser una ilusión, como es para muchos, y entonces la batalla sería decisiva.

¿Quiere decir esto que el triunfo de la ley nos llevaría al oscurantismo? Hé aquí una afirmación que nadie puede hacer de buena fé. El mando marcha, y nosotros, que rechazamos las maquinaciones políticas, y los diputados cuneros, y las mayorías egoístas, y todo lo que constituye la política moderna, aceptamos y deseamos el progreso.

Es más; creemos que sin que reine el principio de autoridad no puede haber progreso: creemos que el hombre llega á ser libre por la educación, no en virtud del acuerdo de un partido, y no nos cansaremos de repetir que á la civilización no se llega por las conspiraciones y las barricadas, sino por el respeto de la ley.

Los conservadores no han podido entenderse y han renunciado á dar su manifiesto al país.

Los ministeriales están enriqueciendo al fondista Fornos. Nuñez de Arce les ha dicho: *Quedaos con los destinos, y dejadnos los principios; comed, pero callad....* A pesar de esto, comen y gritan, y quedándose con los destinos no reconocen mejores principios que los que les sirve Fornos.

Han sido presos varios militares por no querer prestar juramento á D. Amadeo. La sociedad más distinguida de Madrid protesta acudiendo diariamente á la prisión á visitar á los prisioneros.

El día 8 ha celebrado una gran junta el partido legitimista, han acudido á ella representantes de todas las provincias, y se

tomaron acuerdos para las próximas elecciones que empezarán en los primeros días de marzo.

Los gobernadores están bailando un rigodon, como suele decirse.

Los partidos descansan un momento para lanzarse de nuevo á la lucha.

El resultado de las elecciones de diputados provinciales publicado por los diarios ministeriales da á las oposiciones un 50 por 100. Si se tiene presente que los ministeriales se dividen á su vez en unionistas, progresistas y demócratas, hay motivos para creer que la oposición aumentará sus huestes cuando se altere la conciliación gubernamental.

Después de dos meses de un frío intenso, hemos disfrutado de cuatro días casi primaverales.

Los paseos han estado muy concurridos.

Se habla de próximos saraos para celebrar el Carnaval, y los altos círculos interesan vivamente algunas reuniones aristocráticas donde las damas y los caballeros ostentan sus simpatías dinásticas con preciosas margaritas unos y con flores de lis otros.

Estos distintivos suelen ser de rica pedrería.

JULIO NOMBELA.

HISTORIA DE UN MINUTO.

CONTADA

por Julio Nombela.

(Continuación.)

XXIV.

ONDE EL HOMBRE DESPERADO SE CONVIERTE EN HOMBRE FELIZ.

En efecto; el marqués del Romeral vivía exclusivamente para el recuerdo de su hija, y viendo aproximarse su última hora, había pensado en hacer dichoso al fruto de su amor.

A quien no perdonaba era á Iraldez.

Había hecho las mayores diligencias para averiguar el paradero de Jorge, y después de mucho tiempo de crueldad le puso en relaciones con Don Jacinto.

Este no tuvo inconveniente en ser cómplice del marqués, puesto que se trataba del porvenir del hijo de su amigo Iraldez.

El día en que Jorge le pidió explicaciones acerca de su origen, escribió al marqués, y al mismo tiempo, conociendo á fondo el carácter del joven, se puso en guardia para evitar que cometiera cualquier acto desesperado.

Gracias á esto, sin que pudiera observarlo Jorge, le vió ir á la estación y tomar el billete para el viaje.

No pudo acompañarle por no estar preparado; pero envió un telegrama á Andújar, anunciando al marqués la partida de Jorge y rogándole que le detuviera con cualquier pretexto.

D. Jacinto lo dispuso todo para partir

aquella tarde. Cuando llegó á Andújar la diligencia que desde Tembleque conducía á Andalucía á los viajeros, preguntó un criado por D. Jorge Martínez, y cuando el jóven se dió á conocer, puso en sus manos una carta del marqués del Romeral.

—«Para enterarme de un asunto que me interesa, le ruego que se sirva detenerse un día en mi casa.

EL MARQUÉS DEL ROMERAL.»

Sorprendido Jorge, y viendo halagada su vanidad porque un marqués le hacía una súplica:

—No puedo detenerme, dijo al criado; pero mientras descansan los viajeros y mudan el tiro, iré á ver al señor marqués.

Este se valió de todos los medios posibles para detenerle.

Le colmó de atenciones, le sentó en su mesa, le ofreció uno de los mejores cuartos de su casa, y cuando Jorge le preguntó cuál era el objeto de aquellos agasajos:

—Espere Vd. algun tiempo, le decía, muy poco, y nos comprenderemos.

Por la noche fué grande la sorpresa del jóven al ver llegar á D. Jacinto.

—Esta era la sorpresa, dijo el marqués, que quería dar á Vd.

La llegada de D. Jacinto hizo comprender á Jorge que se le había tendido un lazo.

—Supongo, exclamó al verle, y antes de contestar á su saludo, que me explicará Vd. lo que significa todo eso.

—Significa que es Vd. un niño y que necesita vele por su porvenir.

Y dirigiéndose al marqués, añadió don Jacinto:

—Deseo hablar con Vd. un instante; Jorge tendrá la bondad de permitirnoslo, y acto continuo podré descifrar el enigma de mi conducta.

Los dos entraron en una habitacion contigua, y Jorge permaneció agitado.

—Señor marqués, le dijo D. Jacinto, ha llegado un momento en que es necesario, para evitar una desgracia, que se resuelva Vd. á perdonar á ese jóven haber debido la vida á su hija de Vd. Su conducta, su educacion, sus sentimientos, le hacen acreedor al cariño de Vd. Parece que presiente la esfera en que ha nacido, puesto que todas sus inclinaciones le llevan á habitar en un mundo superior al en que ha pasadosu infancia, su juventud. ¿Quiere Vd. que calmemos la agitacion que siente, que ahuyentemos el martirio que sufre revelándole la verdad, diciéndole quién es Vd., quién fué su madre?

—Estoy conforme bajo una condicion, dijo el marqués.

—¿Cuál?

—La de que ignore siempre quién es su padre, porque con ese no transigiré yo.

—¿Aun conserva Vd. rencor para ese hombre, cuyo único delito, al amar á su hija de Vd., fué el no tener una posicion digna de ella?

—No me hable Vd. de eso. Le considero como al causante de la muerte de mi po-

bre Margarita, y no transigiré nunca con él.

—Yo no sé hasta qué punto, añadió don Jacinto, obraré con acuerdo á las instrucciones que he recibido de mi amigo el brigadier, oponiéndome á que continúe el viaje Jorge, y revelándole los lazos de parentesco que con Vd. le ligan. Pero la causa de su desesperacion es la pobreza, y más aun que la pobreza el verse sin familia, el ignorar su origen. Abra le Vd. sus brazos, que halle en Vd. lo que busca, y mi conciencia estará tranquila. El brigadier, mi amigo, sabrá arrostrar ese sacrificio más.

Poco despues fué llamado Jorge á la habitacion donde estaba el sacerdote, y el jóven oyó de los labios de D. Jacinto una revelacion que no desagradó al marqués.

Jorge experimentó una inmensa alegría, porque vió que la fortuna volvía á sonreírle dándole por familia la de un marqués, con una pingüe herencia en perspectiva.

Tenia buen corazon, y se conmovió.

—Pero, ¿y mi madre? dónde está? ¿Cómo se ha separado de mi lado? ¿Vive?

Las lágrimas del marqués le hicieron comprender que habia muerto.

—¿Y mi padre? preguntó; ¿por qué me ha abandonado?

—Su padre de Vd., dijo D. Jacinto, ha muerto.

Jorge confió entonces á su abuelo la historia de su vida y los motivos que le habian impulsado á emprender su viaje.

La principal causa que alegó fué el desprecio de la marquesa de Valle-Oscuro.

Al pronunciar este nombre:

—Tranquilízate, hijo mio, dijo el marqués. ¿Tú amas á Hortensia? ¿Ella te corresponde? No puedes darme mayor alegría.

—¿Conoce Vd. acaso á su familia?

—Su padre era primo mio, hermano del hombre con quien yo quise unir á tu madre, y que murió desgraciadamente....

No pudo concluir la frase, porque don Jacinto le interrumpió con una mirada severa.

—Ahora mismo, sin pérdida de tiempo, añadió el marqués, voy á escribir á mi prima la marquesa anunciándole mi visita con un jóven que está enamorado de su hija. Abre tu corazon de nuevo á la esperanza, hijo mio, añadió. Si amas á Hortensia, si ella te ama como me lo aseguras, en breve bendecirá la Iglesia vuestra union.

El marqués anunció á toda la servidumbre quién era el jóven viajero.

Puso á su disposicion caballos, armas; en una palabra, realizó todos sus sueños de tal manera, que Jorge creia soñar.

¡Cosa estraña! En medio de su prosperidad recordaba con más cariño que nunca la humilde y modesta casa en donde habia pasado su niñez y su juventud, y en aquel santo asilo aparecia á sus ojos con mayor encanto, con más pura belleza la figura de su hermana Rosa.

Más pensaba en ella que en Hortensia, y era porque Hortensia significaba para él una humillacion y Rosa un triunfo.

Esta se hacia acreedora á su proteccion.

Aquella, por haber obedecido á su madre, por no haberse arriesgado á seguirle en la desgracia, hasta le parecia que merecia un castigo.

De esta suerte trascurrieron tres dias, al cabo de los cuales, el brigadier, que antes de ponerse en camino habia ido á visitar á D. Jacinto, y supo que se habia detenido en Andújar, presintiendo lo que pasaba, le buscó y le encontró.

XXV.

UN PADRE, UN HIJO, UN ABUELO Y UN CAMBIO DE MINISTERIO.

La entrevista que celebraron el brigadier y D. Jacinto causó un profundo sentimiento al primero.

Aunque habia ocultado á todo el mundo, y particularmente á Jorge, que era su padre, no lo habia hecho tanto por el deseo de que no apareciese mancha alguna sobre su reputacion, cuanto por el afan de poder dispensarle muchos beneficios y entregarle una fortuna al mismo tiempo que con lágrimas en los ojos le pedia el dulce afecto de hijo en cambio del amor que le profesaba.

Asi es que cuando supo la revelacion que le habian hecho y la declaracion de D. Jacinto á Jorge de que habia muerto su padre, hicieron asomar lágrimas á sus ojos que despedazaron su corazon.

—Solo á ese precio, dijo D. Jacinto, ha querido el marqués abrir los brazos á su nieto y darle la felicidad que le faltaba, y con la cual caminaba al precipicio, guiado por la desesperacion.

—Esto no puede quedarse así, dijo el brigadier: yo necesito á toda costa tener una conferencia con el marqués.

—Ya sabe Vd. que no quiere verle.

—Esa es una obcecacion; tengo derecho á defenderme ante él, y necesito verle.

—Se propone partir á Madrid con Jorge muy en breve.

—Antes es necesario que yo le hable; sea Vd. mediador.

—Conozco su carácter y estoy seguro de que se opone á la entrevista.

—En ese caso tendré valor para declarar á mi hijo que soy su padre, y lucharemos.

—Eso seria horrible.

—Para evitarlo quiero una transaccion. Quiero hamillarme, si es preciso, ante el padre de la que á los ojos de Dios fué mi esposa.

Viendo lo decidido que estaba el brigadier, le ofreció D. Jacinto intentar la entrevista.

Al oír la proposicion se enfureció el marqués.

Pero las poderosas razones que alegó el eclesiástico le impulsaron á doblegarse, prometiendo que iría al dia siguiente á la fonda en donde se hospedaba D. Jacinto, para celebrar allí una entrevista con el brigadier.

Este aguardó con ansia aquel momento.

Deseaba una reconciliacion con el mar-

qués para tener derecho á hacer la felicidad de su hijo.

Gracias á las noticias que le habia dado la generala Mendoza, el reo iba á ser indultado, y no habia inconveniente en que su hijo supiera la verdad.

El brigadier buscaba una situacion despejada, franca, reconciliacion sincera, fecunda, y no dudaba que sus palabras ablandarian al marqués.

Este se presentó algo más tarde de la hora convenida.

Su rostro aparentaba mayor serenidad de la que en el fondo tenia.

Como habia tardado, y, ante todo, era hombre de educacion, dió mil excusas á D. Jacinto, alegando que las importantes noticias que habia llevado el correo aquel día le habian obligado á retrasarse.

D. Jacinto y el brigadier ignoraban el contenido de aquellas noticias.

El primero presentó al segundo al marqués, y se iba á retirar, cuando los dos le suplicaron que interviniese en su coloquio.

—Aunque no debiera haberme prestado á los deseos de Vd., dijo el marqués sin atreverse á mirar al brigadier, he aceptado, porque, en medio de mis desventuras, soy muy feliz desde que he podido estrechar entre mis brazos al hijo de mi hija, y le he indicado el justo resentimiento que siento hácia Vd.

—Echemos un velo sobre el pasado, dijo el brigadier, y no vea Vd. en mi más que al esposo de Margarita. Si Vd., por motivos que respeto, y de los que no quiero acordarme, se opuso á nuestra union, Dios la bendijo, Dios sabe que yo era su esposo, que lo hubiera sido ante la sociedad si la muerte no la hubiese arrebatado de mi lado.

Los dos se enternecieron.

—Dos hombres que lloran por una misma causa, dijo el sacerdote, no pueden ser enemigos.

—El causó la desgracia de mi hija.

—Y su severidad de Vd. su muerte y mi eterna desventura.

—Era padre.

—Y yo esposo; me faltaba un título de nobleza, me faltaba una posicion, pero sentia bastante amor hácia ella para haber llegado á la posicion en que hoy me encuentro.

—Ella, que los vé á Vds. desde el cielo, pide en este momento al Altísimo que una á sus corazones el lazo del cariño.

El marqués estaba profundamente conmovido.

Iraldez pugnaba por ocultar las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

—Y bien, dijo el marqués reponiéndose, ¿qué es lo que quiere Vd?

—En primer lugar, su perdon y su afecto.

—Bien, añadió defendiéndose todavía. No hablemos ahora de eso. ¿Qué desea usted de mí?

—Compartir con Vd. la felicidad á que tengo derecho.

—No comprendo.

—Jorge es mi hijo.

—¿Aspira Vd. á revelárselo?

—¿No es natural que habiéndome sacrificado por él, que habiendo tenido bastante resignacion para ocultárselo hasta ahora, me acerque, al verle feliz, á su lado é implore su afecto en nombre de su madre?

—Eso seria robarle la dicha que yo le proporciono.

—¡Marqués, por Dios!

(Se continuará.)

ADVERTENCIA.

Encontrándose varios de nuestros suscritores en descubierto de su suscripcion por el tercer trimestre, y algunos además por el segundo, les rogamus se sirvan remitir cuanto antes las cantidades que son en deber á esta administracion, para poder liquidar y formalizar las cuentas de fin de año, pues, considerándolos como los consideramos personas de buena fé, hemos continuado remitiéndoles el periódico.

Tambien esperamos se servirán renovar su suscripcion por el cuarto trimestre, remitiendo su importe á esta administracion central, en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, ó bien haciendo el pago en las sucursales de Pamplona, Vitoria, Bilbao y San Sebastian, ó en casa de nuestros corresponsales:

D. Miguel Martinez, en Arechavaleta; Melchor Zunzarrem, Estella; Isi-

doro Ruiz de Arbulo, Ochandiano; José Antonio Olalquiaga, Segura; Pedro Gurruchaga, Tolosa; Lizaro y Maya, Tudela.

Los que no quieran continuar, se servirán avisarlo, tomándose la molestia de escribirlo á la administracion, pues está visto que no basta con la devolucion de los números, toda vez que se quedan en el camino ó en las administraciones de correos, puesto que no los recibimos.

CORRESPONDENCIA.

D. F. J. de M., Orozco: su descubierto es de 24 rs., ó sean dos trimestres.

D. J. M. L., Yanci: enterados de su carta: el descubierto es de un trimestre de cada uno de los suscritores que dice importan 36 rs., que con 48 por la renovacion de las dos suscripciones que pide, hacen 84 reales.

ANUNCIOS.

En breve empezará á publicarse en Madrid una novela titulada *Pepe-Hillo, memorias de la España de Pan y Toros*. Su autor, el Sr. D. Julio Nombela, se propone demostrar por qué razon el pueblo español de 1800 pudo vencer á los franceses y por qué razon los franceses de 1870 no han podido vencer á los prusianos. Esta obra es la apoteosis de nuestra nacion cuando, á pesar de su ignorancia, brillaban en sus hijos la fé religiosa y como resultado de ella el amor pátrio.

SE HA REPARTIDO EL CUADERNO 4.º de la novela del mismo autor *Ateos y Creyentes*, cuyo objeto es demostrar prácticamente las impiedades y los errores de los modernos racionalistas.

MADRID.—1871.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez, calle de San Miguel, 23.

Bases de la suscripcion.

EL PAIS VASCO-NAVARRO aparece todos los domingos, y consta de ocho páginas á tres columnas cada una. Puede hacerse la suscripcion enviando el importe de uno ó mas trimestres en letras del Giro Mútuo ó en sellos en carta certificada á la Administracion Central de Madrid, calle de Serrano, 14, tercero, ó á la sucursal de Navarra, en la Secretaria del Colegio de internos.

Precios de la suscripcion.

En España.....	3 meses.	12 reales.
	6 —	24
	1 año...	48
En Cuba y Puerto-Rico.....	6 meses.	3 pesos.
	1 año...	5
América del Sur y Filipinas.....	6 meses.	4
	1 año...	7
Extranjero.....	6 meses.	12 francos.
NÚMEROS SUELTOS.		
En España.....		2 reales.
En el extranjero.....		1 franco.
En Cuba y Puerto-Rico.....		4 reales.
En el resto de América, fijarán el precio los agentes.		

Puntos de suscripcion.

MADRID: Serrano, 14, tercero (barrio de Salamanca).
 PAMPLONA: Secretaria del Colegio de internos.
 VITORIA: D. N. Becerro, en el establecimiento tipográfico del Sr. Iturbe, San Francisco, 23.—Librería de D. Bernardino Robles.
 SAN SEBASTIAN: Librería de D. I. R. Baroja, plaza de la Constitucion.
 BILBAO: Librería de D. Juan E. Delmas.—Librería de D. Tiburcio Astuy.
 TOLOSA: D. Pedro Gurruchaga.
 HABANA: Propaganda literaria, Habana, 110.